

El multiculturalismo: de cómo la desigualdad se convierte en diferencia cultural.

Autor:
Fraguas, Noemí & Monsalve Patricia.

Revista:
Cuadernos de antropología social

2001, N°14, pp. 139-151



Artículo



El multiculturalismo: de cómo la desigualdad se convierte en diferencia cultural

Noemí Fraguas*
Patricia Monsalve*

RESUMEN

La lucha por el reconocimiento de la identidad se ha convertido en una expresión de conflicto, más allá de las razones culturales, económicas, políticas o ideológicas. La reivindicación de la diferencia estimula acciones de grupos movidos bajo la bandera de la nacionalidad, la etnicidad, la "raza", el género o la sexualidad, dejando de lado el reclamo por mayor justicia en la distribución de los recursos económicos. El multiculturalismo, como nueva retórica del poder, propone un "respeto" formal a las llamadas minorías que en realidad sólo perpetúa la desigualdad ahora convertida en diferencia cultural. Los grupos indígenas en América Latina están siendo sujetos de una política que parte de un "reconocimiento identitario" que es sostenido por una voluntad política que no pasa de una mera prohibición formal de la discriminación. En este trabajo analizaremos la relación entre la identidad nacional descrita en términos hegemónicos y diversos grupos que desde su propia construcción se inscriben dentro de las minorías.

PALABRAS CLAVE: Identidad – reconocimiento – multiculturalismo – redistribución - desigualdad

ABSTRACT

Behind the fight for the recognition of an specific identity there are neglected economic and political reasons. Different ethnical background, racial differences, gender or alternative sexual orientations, are causes embraced by action groups, even violent ones, but, in which

*Docentes e investigadoras de la Universidad de Buenos Aires-CEA- Noemí Fraguas: nfraguas@cbc.uba.ar. Patricia Monsalve: pmonsalv@ings.edu.ar. Fecha de realización: junio de 2001

remain out of discussion the unequal distribution of economic resources. In this context, multiculturalism is a new neoliberal rhetoric which propose formal respect to the cultural minorities, leaving untouched social, political and economical inequalities of those minorities.

KEY WORDS: Identity – recognition – multiculturalism – redistribution – inequality

IDENTIDAD Y CAPITALISMO GLOBAL

Dado de que las identidades son construcciones relacionales de los hombres, no pueden ser consideradas fenómenos autoevidentes, como si tuvieran una existencia natural, independiente de los sujetos que conviven en un tiempo y en un espacio¹. Tampoco es posible concebir la identidad como surgida de una autodefinición grupal que no considera la situación de diálogo e interacción social con las diferencias. Esto supondría la constitución de enclaves grupales alentando el separatismo y desestimando las alianzas de quienes, atravesados por diferentes diferencias, padecen situaciones de exclusión similares o están sensibilizados por ellas. La efectividad ideológica de naturalizar la identidad radica, en parte, en negar su capacidad como herramienta de transformación. Tal uso desafía las concepciones hegemónicas impuestas desde los discursos y representaciones sociales como únicas interpretaciones de la realidad. Además de esta línea argumental, que utiliza la diferencia cultural para explicar los conflictos políticos de los últimos tiempos, existe actualmente, una elaboración teórica más encubridora que instrumenta conceptos como el de multiculturalismo.

La identidad no puede explicarse si no es a través de una formación sociohistórica y dentro de ella, de las distintas posiciones estructurales globales que se pueden ir concretando de lo particular a lo general: nación, adscripción étnica, género, clase social, valores religiosos, etc. Estas posiciones estructurales, nos recuerda Hobsbawm, se han alterado profundamente en los últimos treinta años como consecuencia de los grandes cambios económicos y sociales. Tanto el Estado-nación como los movimientos políticos basados en la clase, se han corrido del lugar preponderante que mantuvieron hasta mediados el siglo XX. En sentido contrario emergieron las identificaciones basadas en las diferenciaciones de género, religión o lazos étnicos.² "Los hombres y mujeres buscan grupos a los que poder pertenecer, con seguridad y para siempre, en un mundo en que todo lo demás resulta movedizo y cambiante, en el que ya nada es seguro". (Hobsbawm, 2000)

Otro aspecto a considerar es la relación que los sujetos establecen con sus contextos nacionales, en tanto referentes de identidades colectivas. La globalización genera un imaginario de mayor separación entre sujeto y estructura, exacerbada por la crisis de las instituciones y organizaciones políticas y sociales. La crisis del estado-nación y la liberalización de los mercados financieros hace suponer que las fuerzas económicas se están separando del control de las instituciones políticas. Según Touraine el orden social ha dejado de ser definidor de identidades sociales

y culturales. Los seres humanos son iguales en el sentido en que todos son arrojados al mundo del libre mercado y la tecnología, que los empuja fuera de su lugar de origen, sus valores y sus normas sociales.

La identidad colectiva presupone una inclusión que se expresa subjetivamente. Si no hay un sentimiento de pertenencia a la comunidad nacional no puede existir la nación como comunidad cultural e histórica. Uno reconoce como propio un espacio, ya sea real o imaginario, que es constitutivo y constituido por la subjetividad. Ese sentido de pertenencia no constituye un sentimiento inmutable, sino que es cambiante y requiere de la condición de poder identificarse a través de mecanismos de participación que no siempre están presentes en las comunidades nacionales.

El reconocimiento de la vulnerabilidad de las identidades colectivas nacionales ha puesto en cuestión los fundamentos mismos de la noción de nación. Esto se refleja en la recurrencia con la que este tema aparece en los medios académicos de todo el mundo, pero también se expresa en la aparición de nuevas significaciones y representaciones en el plano de los sujetos que constituyen un colectivo nacional.

La búsqueda de nuevas identificaciones es, como señala Touraine, una respuesta a la fragmentación que sufren los sujetos, desgarrados entre dos universos que conspiran contra la posibilidad de transformarse en actores de su propia historia. El universo de la economía internacionalizada, de la imposición cultural del mercado que reduce a los individuos a consumidores o no consumidores, incluidos o excluidos; y el universo de las adscripciones identitarias comunitaristas, que imponen una identidad, más fundada en deberes que en derechos, donde prevalece la pertenencia y se desdibuja la libertad. Esa identidad que, como bien señala Hobsbawm, “se basa en la convicción de que al individuo no le queda más opción que la de pertenecer a ese grupo específico”. Sin embargo, “la mayor parte de las identidades colectivas se parecen más a una camisa que a la piel, es decir que son, por lo menos en teoría, optativas, no ineludibles”. (Hobsbawm, 2000)

A la luz de los procesos históricos, la construcción de la diferencia entre los grupos humanos se edificó desde un lugar de poder, donde los vínculos relacionales expresan una asimetría, transformando la diferencia en desigualdad. Tal desigualdad se expresa, no sólo en una falta de reconocimiento social a través de instituciones culturales, sino también en una desigualdad económica en términos de la redistribución del poder y la riqueza. Así, una determinada identificación, que puede estar dada por el color de la piel o por determinada orientación de la sexualidad genera una reificación de la identidad que se traduce en la lucha por un

reconocimiento social centrado en una transformación cultural que, aunque no deje de ser una reivindicación justa, oculta y desplaza la lucha por la redistribución económica igualitaria.

MULTICULTURALISMO Y MANIPULACIÓN DE LA IDENTIDAD

La identidad, especialmente la llamada identidad étnica, ocupa un lugar central en los discursos que pretenden dar cuenta de los conflictos sociales del último decenio. Estos discursos se basan en la idea de que tales conflictos están alimentados por lealtades étnicas ancestrales y diferencias culturales irreconciliables. El supuesto de que el mundo está subsumido en un conflicto étnico primordial no es neutral, sino que responde a los intereses del poder global que así legitima como inevitable la llamada "guerra de las culturas". Cuando se sostiene que la amenaza a la paz mundial está fundada en las diferencias culturales de los hombres, se está ocultando, entre otras cosas, el impacto de la globalización que profundiza vertiginosamente las diferencias económicas entre el Norte y el Sur, y la erosión del poder de las naciones más pobres en proporción inversa al crecimiento del poder de los países centrales.

La lucha por el reconocimiento de las diferencias culturales se ha convertido en una expresión que oculta intencionalmente razones políticas y económicas, aún para quienes sufren más directamente sus consecuencias. Al considerar la identidad como esencia, se legitima la existencia de movimientos políticos que, en nombre de la nación, la etnia o la religión discriminan, persiguen y hasta exterminan a quienes se les atribuye una identidad diferente. El racismo xenófobo y los neo-nacionalismos no pueden explicarse sin dar cuenta de la raíz política común que ambos tienen. La reivindicación de la diferencia despojada de su contenido político, deja de lado el reclamo por mayor justicia en la distribución de los recursos económicos. (Fraser, N., 2000:126)

Este fundamentalismo cultural, que se reconoce tras el multiculturalismo, asume una serie de conceptos antagónicos asimétricos: el del extranjero, el extranjero, el forastero como opuesto al nacional, al ciudadano. La identidad y pertenencia nacional, interpretadas como singularidad cultural, ubican el debate en torno a las políticas migratorias, fundamentalmente en la Europa "comunitaria", fuera de los aspectos socio-económicos estructurales. Esto es constitutivo de la hegemonía ideológica que para ser efectiva manipula discursivamente la relación entre los ciudadanos y los inmigrantes. Incorpora los deseos de la mayoría al

institucionalizar como legítima la defensa territorial del ciudadano ante el inmigrante (cupos de inmigración, permisos de residencia, etc.) y transformar las diferencias en mundos culturales radicalmente opuestos. Paradójicamente los inmigrantes acaban por reconocerse en las etiquetas culturales que se construyen sobre ellos. (Silveira Gorski H. 2000:20). Así, el derecho a su diferencia como colectivo subsume el derecho a su igualdad como ciudadanos. Ellos tienen el derecho a ser diferentes, pero también a ser invisibles como los miembros de la sociedad hegemónica. Por otra parte, al afirmar la pertenencia distintiva, esencializándola, se niega la posibilidad de revertirla e identificarse con los valores culturales de la sociedad receptora.

El multiculturalismo, tal como lo señalan Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, es un término que acuñaron los intelectuales estadounidenses para ocultar, tras la retórica del respeto a las diferencias culturales, la crisis que afecta “el sueño americano” de la “oportunidad para todos”. Tras el reconocimiento de la diferencia en este pensamiento único, universalista en la concepción de lo universal como occidental, se sigue consagrando la marginación social como inevitable. Al discurso universalista del multiculturalismo se opone un diálogo intercultural que implica la globalización de “las preocupaciones morales y políticas y las luchas contra la opresión y el sufrimiento humanos”, lo que autores como de Souza Santos (2000:273) llaman “cosmopolitismo”.

Este cosmopolitismo no reniega de las diferencias culturales sino que postula la recuperación de múltiples identidades. También de aquellas que se manifiestan en instancias intermedias entre el individuo y el Estado y se hallan deterioradas en el desarrollo actual del capitalismo. Es en buena medida la pérdida de referentes comunitarios de los individuos lo que refuerza la identificación con colectivos más amplios, como la nación o la religión, generando una exacerbación del rechazo a quienes no forman parte de estas entidades. Así se podría caracterizar la historia de aquellas identidades, que subordinadas a partir del colonialismo y del surgimiento de Estados independientes, quedaron en Latinoamérica subsumidas tras la imposición de una identidad nacional que, en no pocos casos, se ha constituido en legitimación de guerras que enfrentaron a las naciones latinoamericanas. Sin embargo, las otras identidades, las de las comunidades indígenas, las de los negros esclavizados, la de los campesinos despojados de sus tierras, resurgen en la forma de nuevos movimientos sociales, que construidos a partir de la recuperación de su historia emergen en una lucha que, retomando los postulados del cosmopolitismo trascienden su propia identidad para luchar por derechos para todos.

IDENTIDAD EN LATINOAMÉRICA

La historia de la humanidad estuvo marcada por la interacción de las culturas, aunque ese hecho pasara inadvertido para la posterior mirada de las ciencias sociales, más preocupadas por reflexionar sobre las diferencias que por las conexiones culturales. La expansión de la navegación, a partir del siglo XV, entrelazaba la suerte de los grupos humanos distantes y dispersos, el mundo fue transformándose en un escenario unificado de redes de actividades humanas, tanto dentro del Viejo Mundo como del Nuevo Mundo. Desde el 1400, las redes cruzaron océanos produciendo la primera gran integración del "globo". (Wolf, E. 1993)

El colonialismo instauró nuevas relaciones sociales. En el vínculo entre los europeos y los pueblos colonizados, la identidad comenzó a ser pensada en términos universales, teniendo al "blanco occidental" como referente y al "otro no occidental" como diferente. El camino hacia la integración de los mercados, que requería la implantación del sistema capitalista, abrió dos posibilidades, por un lado, el rechazo de la diferencia con la imposición del modelo hegemónico europeo, y por otro, el reconocimiento de la diferencia pero en términos de desigualdad. En realidad no se trató de dos posibilidades alternativas sino más bien de formas complementarias de un mismo proceso.

Este proceso histórico de polarización y descontextualización de la identidad está profundamente ligado al momento del surgimiento del capitalismo mercantil. España inauguró, con la persecución y expulsión de moros y judíos en 1492, una guerra de intolerancia al diferente. A través del lenguaje abstracto de la fe y de la pureza de la sangre, interrumpió violentamente un proceso de recontextualización de identidades en el que, los diversos aportes culturales, eran resignificados e integrados socialmente. Se instauró a partir de allí una nueva era de racismo y etnocentrismo, en donde la subjetividad del otro fue negada por el hecho de no corresponder a ninguna de las subjetividades hegemónicas de la Modernidad en construcción: el individuo y el Estado. El "otro" no es individuo porque su comportamiento se desvía de las normas de la fe religiosa y del mercado. Tampoco hay un reconocimiento de las formas comunitarias preexistentes por que no se corresponden con el modelo estatal europeo de la modernidad.

En términos generales América Latina fue desestructurada por los poderes coloniales para ser integrada en una posición subordinada dentro de una estructura global de dominación. Entre los indígenas, algunos grupos pagaron con la aniquilación completa su lucha por el derecho a la diferencia. La magnitud del genocidio fue proporcional al etnocentrismo racista del conquistador. Sin embar-

go, la resistencia y las percepciones simbólicas que expresan una pertenencia identitaria siguen manifestándose de diferentes formas.

Para el período independentista, en América Latina, la Ilustración como expresión más acabada del pensamiento moderno, comenzó a influir en las clases dominantes a comienzos del siglo XIX y orientó la conformación de los nuevos estados nacionales. La definición de los límites territoriales que abarcarían las nuevas naciones-estados transcurrió conflictivamente en las primeras etapas post-independentistas incorporándose una nueva problemática en torno a la identidad. Desde la idea de la gran patria latinoamericana de Simón Bolívar, a la demarcación de fronteras siguiendo los espacios de poder más regionalizados, se generaron disputas que requirieron la legitimación mediante discursos políticos que convalidaron las nuevas demarcaciones territoriales, desde identidades nacionales supuestamente diferentes. La posibilidad del ejercicio de la hegemonía política en las nuevas naciones americanas, presentaba un desafío en dos planos complementarios. Simultáneamente debía articularse un discurso de homogeneidad interno y otro de diferenciación, fronteras afuera.

Al interior de las naciones seguía vigente la confrontación ya presente en la etapa colonialista anterior entre lo “civilizado”, representado por el criollo, descendiente de europeos, y lo no “civilizado”, indígenas y negros. En los grupos ligados a la ideología conservadora de la hispanidad, aún cuando se admitiera la necesidad de la Independencia, la marca de la concepción inferiorizadora del “otro” no dejó lugar para el reconocimiento de sus derechos. Los grupos más liberales finalmente impusieron un proyecto de integración, bajo una supuesta identidad nacional homogénea, que no contempló las necesidades de los grupos históricamente subordinados.

Era la hora del triunfo de una ideología que imponía una nueva concepción del sujeto, guarecida tras el concepto de ciudadanía, reconociendo exclusivamente como figuras jurídicas al individuo y al Estado. La identidad individual y colectiva del otro, como expresión de subjetividad concreta, fue negada y reducida a los únicos modos de ser reconocidos por las instituciones hegemónicas. En esa concepción los pueblos amerindios eran incorporados como *homo naturalis*, la deshumanización del otro trajo consigo la descontextualización de su subjetividad y el no reconocimiento de su adscripción comunitaria.

LA IDENTIDAD COMO EXPERIENCIA DE LUCHA

Esta historia relatada a grandes rasgos, resurge en la actualidad bajo la forma de movimientos sociales que, de una u otra forma, recuperan lo identitario en procesos políticos contestatarios a la imposición de un poder que se articula con las necesidades del orden globalizador del capitalismo.

Si pensamos en la situación de las luchas de los grupos indígenas en América, la reivindicación no puede agotarse en un reconocimiento social que remita sólo a la exaltación de sus valores culturales y de su historia. Esto debe ir acompañado por la exigencia de una participación igualitaria en la vida económica, social y política. Es decir que, más allá de modificar la letra de las Constituciones o de construir museos etnográficos, lo realmente significativo es garantizar una inserción igualitaria en el mercado laboral, acceso pleno a las políticas de salud, educación y vivienda, así como también de todos los demás derechos civiles.

Esta lucha, que no se detiene en la reivindicación de la identidad, es la que lleva adelante el movimiento indígena liderado por el subcomandante Marcos en el sudeste mexicano. La larga marcha de los zapatistas desde San Cristóbal de las Casas que culminó en el Distrito Federal el 11 de marzo de 2001, fue impulsada por la exigencia del cumplimiento de los Acuerdos firmados en la localidad de San Andrés. Por estos acuerdos el gobierno nacional se comprometió al pleno reconocimiento de los derechos que garanticen condiciones de igualdad de los casi 11 millones de indígenas con el resto de la población mexicana. Esto significaría una mejora sustancial en la calidad de vida lo que sólo es posible mediante una justa redistribución económica, el acceso igualitario a buenas condiciones de salud y educación, y la participación plena en la vida política del país.

Los indígenas siguen siendo víctimas de un etnocidio silencioso. "Invisibles" para el poder desde hace 500 años, tienen una tasa de analfabetismo que supera el 50%, una altísima tasa de mortalidad, aún cuando en muchos casos habitan zonas de enorme riqueza en recursos naturales como es el caso de Chiapas. Contra esa invisibilidad, dijo José Saramago, premio Nobel de literatura: "Los zapatistas se cubrieron el rostro para hacerse visibles, y efectivamente los hemos visto por fin. Ahora marchan hacia la capital mexicana. Cuando entren en ella, el 11 de marzo, Ciudad de México será la capital del mundo". Lamentablemente hoy, sabemos que una vez más el poder político traicionó aquello que se había acordado, y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional retomó el camino de la resistencia.

La mayor fortaleza del Ejército Zapatista de Liberación Nacional reside en un proyecto político, que partiendo de una propuesta reivindicativa local, se propone la construcción de un movimiento, que como dice José Saramago: "sobrepasa las fronteras mexicanas para alcanzar el corazón de aquella parte de la humanidad que no renunció ni renunciará nunca al sueño y a la esperanza, al simple imperativo de una justicia igual para todos".

Otra experiencia de resistencia latinoamericana es la del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (MTS). Si bien sus miembros no están nucleados tras la reivindicación de una determinada identidad étnica, tienen en común una identidad social en tanto movimiento campesino. Sus reivindicaciones implican en principio una profunda reforma agraria en el país que presenta la mayor concentración latifundista de la propiedad de la tierra en América Latina. Sin embargo esta lucha no se agota en esa reivindicación, ya que apunta a una transformación del modelo económico global. En este sentido, es profundamente transgresora la postulación que desconoce el derecho de propiedad de la tierra, legitimado independientemente del uso de tal propiedad, y antepone el derecho de posesión en función de las necesidades elementales de los hombres.

Este movimiento fundado a mediados de 1980, está conformado por aparceros, arrendatarios, medieros, asalariados rurales, ocupantes y pequeños campesinos. La ocupación de tierras es el núcleo organizativo que dio visibilidad a los Sin Tierra, pero también incluyen entre sus peticiones el derecho a mejores condiciones de vida, salud y educación.

Los campesinos, desplazados por la modernización capitalista de las grandes empresas transnacionales orientadas a la agroexportación, no encuentran tampoco trabajo en las ciudades. La lucha se estructura mediante proyectos de asentamientos masivos que actualmente llegan a más de 2000, conteniendo entre 250 a 300 mil familias del total de 4.5 millones de familias sin tierra. El costo para llevar a cabo estos proyectos de asentamientos, ha significado enfrentarse a una cruel represión que ya cuenta en su haber más de mil campesinos asesinados.

La reafirmación de la identidad común de los Sin Tierra se expresa en el uso de símbolos, tales como su propia bandera y un himno identificatorio, formas de manifestación de un sentimiento colectivo que fortalece el espíritu de resistencia y de lucha.

El surgimiento de estas nuevas subjetividades políticas como construcción contrahegémica cuestiona la validez de los discursos que asociaron lo rural y lo étnico a la inmovilidad conservadora. En el contexto latinoamericano estos movimientos crecen desde la base de lo comunitario, recuperando la identidad en su

capacidad como instrumento de lucha y como proyecto de vida, que desafía la perversión destructiva del capitalismo globalizado.

NOTAS

¹ La identidad es siempre una abstracción sincrónica resultado de diferenciaciones pasadas y sujeta a ulteriores diferenciaciones. (...) Carece de sentido concebir una identidad sustancial, cuando sólo hay conjuntos múltiples de elementos que forman síntesis, más o menos establemente, organizadas cuyo ser depende de las interacciones. Gómez García, P. (1998:2)

² El número de estadounidenses que se presentan como “indios americanos” o “nativos americanos” casi se cuadruplicó entre 1960 y 1990, pasando de cerca de medio millón a aproximadamente dos millones, un aumento que no admite explicaciones en términos demográficos habituales...”. Todd Gitlin. *The twilight of common dreams*, New York, 1995, pp.162. En Hosbswam, E. (2000:91)

BIBLIOGRAFÍA

- De Souza Santos, Boaventura (2000). "Universalismo, contextualización cultural y cosmopolitismo". En *Identidades comunitarias y democracia*. Ed. Trotta, Madrid.
- Dinerstein, Ana. (2000). "Sujeto y globalización, la experiencia de la abstracción". Revista *Doxa*, Buenos Aires.
- Fraser, Norah. (2000). "Reconocimiento y redistribución". En *New Left Review*, N° 4, Ed. Akal, Madrid.
- Gomez García, Pedro (1998). "La identidad como pseudo concepto". En rev. electrónica, *Gazeta de Antropología*, N°32, Granada.
- Hobsbawm, Eric (2000). "La izquierda y la política de la identidad". En *New Left Review*, N° 0, Ed. Akal, Madrid.
- Jameson, Frederik, Zizek, Slavoj. (1998) *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo* Ed. Paidós Buenos Aires.
- Saramago, José (1999). "Chiapas, nombre de dolor y de esperanza". *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires
- Silveira Gorski, Hector Claudio (2000) "La vida en común en sociedades multiculturales. Aportaciones para un debate". En *Identidades comunitarias y democracia*. Ed. Trotta, Madrid.
- Touraine, Alain (1999) *Podremos vivir juntos*. Ed. FCE, México.
- Wolf, Eric (1993) *Europa y la gente sin historia*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.